

Refugio contra la peste

Nº - Serie Relatos Puentealtinos - cuarentena 2020

Compilación de Relatos
Concurso de escritura siete cuarentenas (2020)



CENTRO
BIBLIOTECARIO
DE PUENTE ALTO

YO ♥
PUENTE ALTO


Puente Alto



Refugio contra la peste

Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa

Serie Relatos Puentealtinos 2020
Centro Bibliotecario de Puente alto

Este libro digital ha sido elaborado por
el Centro Bibliotecario
con fines educativos, culturales
y de difusión del patrimonio literario de Puente Alto

Refugios Contra la Peste

Compilación de relatos

Concurso de escritura siete cuarentenas (2020)

Centro bibliotecario de Puente Alto

www.cmpuentealto.cl

www.centrobibliotecario.cl

ÍNDICE

01. Astronautas de ciudad - Sebastián Álvarez
02. Desborde - Katty Contreras
03. Catorce días para estar en paz - Marcela Cayuqueo
04. Desolación - Catherine Vivanco
05. Dos golpes y un silencio - Mitchel Rojas
06. Sombras - Elizabeth Carrizo.
07. La colmena - Eliana Carreño

PRÓLOGO

Esta compilación incorpora siete relatos originales surgidos dentro del marco del concurso de escritura “Siete cuarentenas”. Este se originó dentro de la cuarenta producto de la pandemia Covid-19, durante el año 2020. La selección fue hecha por el equipo de mediación del Centro Bibliotecario de Puente Alto, a partir de los treinta y cinco relatos enviados por participantes de distintos lugares de la ciudad de Santiago. El concurso nació tras el desarrollo del taller de escritura online, que contó con ocho sesiones impartidas por Daniel Aguirre Navarro, mediador a la lectura y escritura del Centro Bibliotecario. Allí se abordaron temáticas como unidades aristotélicas, el viaje del héroe de Joseph Campbell, tridimensionalidad de los personajes, arquetipos y puntos de no retorno. En los trabajos compilados en este libro se perciben los sellos propios de cada autor, marcados por sus opiniones, estilos de escritura, imaginarios y personalidad. Todo esto origina historias muy diversas.

Refugio contra la peste es parte del patrimonio vivo y tangible de nuestra comunidad, el que se manifiesta cada vez que nos motivamos a compartir experiencias, pensamientos, sueños y los llevamos al papel para expresarnos como personas creativas y libres.

Relato 01
Astronautas de ciudad
Sebastián Álvarez

“Yendo de la cama al living
Sientes el encierro...”
(Charly García)

La verdad es que estar encerrado no es ninguna gracia. Menos cuando no hay contacto con el mundo exterior.

Sucede que en aquel país había ocurrido un desastre biológico. Al igual que en todo el mundo, un virus mortal contagiaba a las personas. A pesar de los adelantos de la ciencia no había cura alguna.

Las personas debían guardar, por tanto, confinamiento estricto, no había forma alguna de salir. Ya llevaban casi dos años en este modo de vida. Los niños solo miraban por el balcón junto a sus mascotas. La gente hablaba de una casa a otra, con suerte.

Y no solo eso, no había forma de comunicarse con el exterior. Esto porque no existía internet. Así es, en una sociedad futurista y avanzada no existía internet tal como lo conocemos hoy. No se podían hacer videollamadas, ni whatsapp con los amigos, nada de aquello. Por tanto, el aislamiento era tremendo.

No todo estaba perdido, se podían realizar intercambio de cartas a puño y letra, entre quienes tuvieran con quién, claro.

En este mundo vivía Luis, un joven ya avanzado en sus veinte. Melancólico y casi siempre solitario. Más aún con la situación que se estaba viviendo. Pasaba sus días en su cuarto, escuchando música y pegado a los libros, le apasionaba leer.

Cuando el mundo era “normal”, él tampoco se hallaba, siempre se sintió diferente. Así, le costó adaptarse en el colegio y también al mundo laboral. Él le echaba la culpa al sistema, decía que este era muy individualista, que las personas solo eran un número y él no se sentía como tal. Lo cual no dejaba de ser verdad.

Por tanto en este contexto, su existencia transcurría sin emoción alguna. Lo más “emocionante” que hacía una vez al mes era ir a hacer las compras de provisiones. Y así, ese miércoles por la mañana emprendió rumbo al centro comercial más cercano. No sin antes, claro, equiparse con su equipo completo de protección contra el virus.

No le daba miedo contagiarse, pero no quería contagiar a su madre.

Vivían solos, por tanto, él era el encargado de realizar las compras.
-Ten cuidado hijo, -le imploró su madre-. Vuelve luego, por favor.
-Vuelvo pronto, no te preocupes, -dijo, queriendo reflejar tranquilidad-.
Tengo solo cinco horas para hacer todo. Seguro me demoro menos.
Sabiendo que el viaje no podía estar exento de inconvenientes, partió rumbo al objetivo. Miraba sus vestimentas de seguridad: un traje grande y blanco, con casco, respirador y lentes de protección. Se sentía incómodo.
-Parezco el de los cazafantasmas -pensó Luis.

Así cruzó la ciudad de un lado a otro sin ver persona alguna. Ni el sonido de los autos ni de algún partido de jóvenes en la cancha de la esquina, nada de eso. Todo pasado de una ciudad funcionando a totalidad, eran solo recuerdos. Solo se veían las patrullas militares rondando la ciudad, con su intimidante presencia. Aquel país vivía en permanente conflicto interno, la gente estaba descontenta con sus gobernantes.

Extrañaba esos días en que podía salir sin que le preguntaran dónde iba, quién era y que volviera pronto.

Además, le daba un poco de miedo la situación de salir en estas condiciones, pero a la vez no lo dejaba de emocionar. Se sentía como estar viviendo una película de ficción donde él era el protagonista.

Los recuerdos lo acompañaron durante el trayecto.

Finalmente llegó a su lugar de destino donde apenas un par de funcionarios custodiaban el mega mercado. Todos vestidos al estilo astronauta.

Luis procedió sin más demora a realizar las compras. No podía exceder el tiempo indicado, si no, podía ser detenido y sancionado con multas millonarias.

Una barra de chocolate era un lujo que podía comprar en estas ocasiones una vez al mes. Pero sacando la cuenta, mejor compraba legumbres, la situación del país no daba para lujos.

Estaba en eso cuando vio entrar por la tienda a alguien. Al parecer era una joven, de su edad o quizá menos. Él llevaba tiempo sin tener contacto con personas del sexo opuesto por tanto no podía disimular su curiosidad. Siguió en lo suyo, pero mirando disimuladamente.

Ella se llamaba Sofía, quien tampoco pudo obviar su presencia. Tanto tiempo sin salir ni tener contacto con más personas hacían estas situaciones particulares y cada vez más extrañas.

Solo eran ellos dos en el inmenso local comercial.

Luis ya estaba por terminar las compras cuando sucedió lo extraordinario. Empezaron a sonar las sirenas de alarma en la ciudad indicando que nadie podía salir. Esto era común cuando la situación de contaminación y presencia del virus en el aire eran insostenibles. Entonces las autoridades

activaban la alarma. Era la diferente realidad como ellos la denominaban, algo bastante chocante al principio, pero ya parte de la vida de los ciudadanos hace dos años.

Por tanto, siguiendo el protocolo, las personas debían permanecer ocultas donde estuvieran. El centro comercial cerró sus puertas y los clientes, en este caso dos, debían permanecer adentro el tiempo que fuese necesario. Generalmente la alarma sanitaria duraba unas horas, pero hubo cierta vez que duró más de una semana.

Y ellos lo tenían claro, iban preparados. Además del atuendo característico, era obligación portar equipos de supervivencia, para al menos un par de días. Todo muy freak, para ellos normal.

Transcurrió así la tarde en este ambiente hostil. Él, con su característica indiferencia a pesar de las extraordinarias condiciones, pero ciertamente preocupado. Ella, asustada ante la incertidumbre evidente.

La verdad es que Sofía sabía que esto podía pasar, pero tenía que ir. Ella cuidaba a su abuelita. También vivían solas.

-Cuidate, niña -le repetía a su nieta una y otra vez.

A Sofía le aterraba la falta de gente en las calles, las tropas de militares dando vueltas, el sonido del helicóptero que vigilaba la ciudad y por supuesto el mortal virus. Pensó en acercarse a Luis, no se sentía cómoda con la situación que estaba ocurriendo. Pero desconfiaba de todos, en realidad.

Luis tomó sus provisiones y fue a la sala habilitada por la tienda como punto de seguridad. Disponía de literas y estaba aislada totalmente de cualquier contaminación proveniente del exterior. Se colocó sus audífonos y se puso a escuchar música. El punk y el rock pesado eran parte de su playlist, pero ese día decidió cambiar. Se puso a escuchar a Los Prisioneros, la banda favorita de su mamá. Se empezó a preocupar. Pero de repente sintió algo: Sofía estaba llorando.

Nuevamente, no acostumbrado al contacto humano hace un buen tiempo y menos a qué hacer en estos casos, le costó armarse de valor. Pero finalmente fue a ver qué sucedía con ella.

La situación la superaba, a cualquiera en realidad. Extrañaba a su abuela y no sabía cuándo finalmente iba poder salir de ahí, cuándo iba a acabar todo. Cuándo volvería a la universidad, a ver a sus amigas, sus compañeros. Cuándo volvería a marchar contra ese gobierno injusto y represivo, según ella.

-Oye, mira, encontré unos juegos de cartas para pasar el rato -fue la torpe, pero oportuna intervención de Luis. -Podríamos jugar...

-Mmm, podría ser -dijo ella, más tranquila.

Así transcurrió la tarde, solo ellos dos. Los funcionarios estaban en el área habilitada para trabajadores según protocolo.

Se contaron sus penas, también sus anhelos cuando pase esto. Ella luchaba por una sociedad más justa, el solo quería encajar en alguna parte o más bien dicho que alguien lo entendiera. Se hicieron cómplices casi inmediatamente.

-¿Crees que esto termine luego? Se me ha hecho eterno -dijo Sofía.

-Ojalá que sí, mi vieja se va a preocupar -le respondió Luis.

-Me refiero al virus, quiero volver a hacer mi vida. No soporto más el encierro -era evidente su angustia.

-Ah, eso...

Él no extrañaba tanto la antigua rutina a pesar de las asfixiantes condiciones que estaban viviendo.

-¿Y qué será lo primero que harás cuando termine esto? -le preguntó Sofía.

-No tengo nada pensando en realidad... ¿Tú?

-Quiero hacer todo lo que no he hecho hasta ahora. Te das cuenta de que la vida es tan corta y extraña a la vez, por eso hay que tratar de no quedar con cosas pendientes -estaba decidida.

Él solo asentía. Le encontraba tanta razón, pero sentía que eran tan diferentes a la vez. Y le parecía genial conocer gente con puntos de vista distintos.

Pasaron las horas jugando uno, carioca y hasta dominó. Él le contaba que echaba de menos ir al campo a ver sus abuelos. Ella extrañaba ir a la playa, a caminar al atardecer.

Sofía lo miraba con atención, le empezaba a simpatizar. Él ya no estaba tenso ni nervioso como de costumbre, se mostraba totalmente diferente. Sofía dominó rotundamente la jornada de juegos, ganando la mayoría de las partidas, pero no importó, ambos disfrutaron el momento.

Seguían compartiendo sin darse cuenta de que ya era casi el anochecer. No se percataron de que se había levantado la alarma, hasta que el centro comercial volvió a abrir sus puertas.

-Porfa, escríbeme pronto, -le pidió ella- y cuídate hartito. Cuando pase esto nos volvemos a juntar.

-Obvio que así será -dijo él mostrando una risa nerviosa.

Así ambos volvieron a sus hogares, con optimismo que todo pasaría pronto.

Pasó un mes hasta que Luis recibiera de sorpresa la carta de ella. Dada las extraordinarias condiciones el envío de correspondencia se hacía más lento que lo normal.

“Querido Luis. Espero te encuentres a salvo, yo estoy bien dentro de todo. Solamente que mi abuelita no se ha encontrado muy bien de salud, por eso no te escribí antes.

No tengo muchas ganas de nada en realidad, solo quería saber cómo estás tú.

Espero nos veamos cuando esto termine. Acompáñame a marchar.

Un abrazo, Sofía”

Él recibió esta carta y no dejó de sentir conmoción por el estado de su nueva amiga y su querida abuela. Le respondió al breve, enviándole todos los buenos deseos y su apoyo en lo que fuera.

Y así mantuvieron comunicación una vez al mes hasta que de repente dejaron de escribirse. Era normal perder el hilo de la comunicación en esas condiciones

Pasó el tiempo, y por fin la cuarentena se levantó. Todo volvió a la normalidad, si es que así se puede decir. El virus nunca desapareció totalmente y las restricciones continuaban, solo que en menor medida.

Ambos perdieron seres queridos. Ya no eran los mismos que cuando inició todo. A la fuerza tuvieron que cambiar y adaptarse a este nuevo mundo turbulento.

Ella volvió a sus clases, aunque de no muy buena gana después de todo lo vivido. Pero no podía abandonar, en memoria de su abuela Sara. Por fin se reencontró con sus compañeros.

El siguió con su rutina monótona pero ahora se había propuesto tratar de hacer algo por sí mismo, de salir de esa situación pesimista en que siempre se encontró. No dejaba de pensar en Sofía ni un día. Ella también quería saber de él.

Así pasaron semanas, meses, hasta que un día en plena marcha se volvieron a encontrar. Sin trajes de astronautas ni mascarillas, sino con los grandes ojos claros de ella y los profundos ojos negros de él.

Relato 02
El desborde
Katty Contreras

Trabajo en salud y por eso desde el inicio de este desastre sanitario supe que esta situación era grave, que nos enfrentaríamos a algo que no imaginábamos y que tendría que continuar trabajando, pasara lo que pasara. Con esto vino el miedo, la incertidumbre, la angustia.

Los paciente no paran de llegar y lo que es peor, cada vez más graves. Se amplía la UCI, se agrega otra UCI, se convierten servicios, llegan más ventiladores, más UCI, más camas, más pacientes, más graves, más desborde y catástrofe... más miedo.

Y comienza lo peor, la muerte, que siempre ha estado cercana a nosotros y con la cual tengo una relación de amor-odio; amor, porque ha habido ocasiones que ansío su llegada para ver descansar un paciente; y odio, cuando llega prematuramente sin poder hacer nada. Esta vez nuestra relación sería solo de odio. Odio porque cuando parece que estamos dando el 100%, que hay una pequeña luz, ella arrasa con cualquier esperanza, restregándonos en la cara que esta situación se nos fue de las manos.

Cierro los ojos. Recuerdo esas finas gotas de agua que chocan en mi cara luego de que la ola revienta sobre la roca en la playa de Horcón. Es mi último recuerdo previo a la locura. La brisa del mar, la arena sobre mis pies, los rayos de sol que, aunque solo son tibios, me dan una calidez que recorre todo mi cuerpo.

Sigo recordando ese momento, vuelvo a él, quiero quedarme en él... pero el bip del ventilador me hace abrir los ojos y volver a la sala.

Miro a mi paciente y pienso: sé que algún día tú también volverás a sentir esas finas gotas de agua de mar sobre la mejilla.

Relato 03
Catorce días para estar en paz
Marcela Cayuqueo

Tocan la puerta, vienen por mí, lo sé y ahora ya no tengo miedo, lo único que sé es que mi vida llega hasta aquí. Esos días que anhelaba en un principio, cada vez son más olvidados, cada vez se vive una “nueva normalidad”. Y yo, mientras tanto, vivo cada día como si fuera siempre el mismo, el mismo de ayer, el mismo de hoy, el mismo de mañana.

Mis padres, fríos y cálidos a veces, se quedaron sin trabajo por esta pandemia que estamos pasando. Mis hermanos, indiferentes como siempre, y felices también porque ahora se la pasan jugando, ya que no tienen clases. Todos en casa sin salir, solo lo necesario para vivir o quizá sobrevivir viviendo en esta normalidad.

Miro la pantalla del televisor y por ahora siempre las mismas noticias: más contagios, más recuperados, igual o más muertos. Miro mi ventana y todo me resulta inexpresivo. Siempre pensaba que el mundo era bello y aquí adentro no es muy bello. Voy a mi habitación y por hoy no tengo clases porque a un pariente de mi profesor le detectaron el virus. Qué terrible.

Yo también me encontraba trabajando antes ya que mis padres, al yo cumplir la edad suficiente para valerme por mí mismo, la edad adulta, me dijeron que tenía que hacerme cargo de mis propias cosas.

Es fácil para un adulto decir esto pero ellos no estaban presentes cuando yo más los necesitaba, cuando yo quería hablar con ellos. Estaban ocupados o trabajando y aparte se la pasaban peleando. Trataba de entenderlos pero ellos, a mi parecer, no lo hacían conmigo. Mi madre, cuando terminaban de discutir, siempre iba a mi habitación y yo la escuchaba porque ella no tenía a nadie con quien hablar de estas cosas, pero a la vez sentía que ella solo me usaba para eso. Recuerdo que después me decía: es un secreto solo de los dos, ¿bueno? Yo le aceptaba eso, pero me dolía de igual forma. También recuerdo que, una vez, enfrenté a mi padre. Casi me saca de la casa. ¡Vaya padres! Los quiero, pero a veces no los entiendo. ¿Para qué me trajeron a este mundo? A veces pienso, ¿por qué sigo aquí?

Actualmente me encuentro sin trabajo ya que redujeron personal en la empresa y eso me incluyó a mí. Trato de hacer algunas cosas para pensar que estoy ocupado y escucho nuevamente discusiones abajo que terminan en gritos habituales.

No logro explicarme cómo mis hermanos no hacen nada al respecto, no sé por qué si ellos ya van a cumplir la edad suficiente. Como si no

les importara solo van a sus piezas. Luego de un momento escucho que alguien sube, sí... es mi madre.

Mi mamá llama a la puerta y yo sinceramente no quiero escucharla más así que no le contesto. Ahora golpea la puerta con más fuerza pero yo ahora quiero estar conmigo mismo, hasta que calla y de un momento a otro todo se vuelve confuso. Me siento extraño, me levanto y siento que la tierra se mueve y se apaga la luz. Veo oscuro de nuevo, me tapo con más fuerza que aquella vez y bajo al piso de mi cuarto lo más rápido que puedo y me quedo allí quieto. Siento la misma presencia de esa vez pero sé que no es mi madre ni mi familia. Sé que no pueden ser ellos, lo sé, y aun así, sé que siempre estarán conmigo. Solo soy yo imaginándolo. Ahora sigo. Cuento los días como si fueran los segundos de una cuenta regresiva, nadie me habla, nadie llama a casa, nadie viene a verme... no hay nadie.

Abro los ojos y me encuentro de nuevo conmigo mismo. Ahora no hay padres, no hay hermanos, solo yo y esta casa. Lo supe cuando ellos vinieron, sabía que mis padres estaban enfermos y mis hermanos también, pero yo no lo sabía o quizá no quería saberlo. Se los llevaron, pero ellos no me llevaron a mí. Tenía miedo y me escondí. Cuando se fueron se apagó la luz. No sabía qué pasó, veía todo oscuro. Escuché un ruido, me tapé los oídos y por el miedo cerré los ojos. Era aterrador, nunca había estado completamente solo y a oscuras. Sentí la presencia de alguien, no era un alguien, era una cosa diferente, inexplicable.

No sabía de qué se trataba, sentía que se me erizaba la piel y mi cuerpo se encorbaba. Aún tenía los ojos cerrados, no quería ver qué era. Mis latidos eran cada vez más intensos y fuertes, los sentía en mi pecho, me dolía. Luego en la garganta. Quería vomitar, estaba mareado, mi respiración estaba tan agitada que no podía respirar. Quería gritar, pedir ayuda, alguien que viniera en mi socorro y sacara esa cosa que estaba en mi casa. No había nadie, nadie me escuchaba y, aun así, no quería saberlo. Era solo yo y esa figura extraña, caí... caí al suelo.

Desperté en mi habitación pensando que era un sueño. Fui al comedor. Todo estaba como siempre. Vi la misma comida congelada, sentí el mismo día de siempre, las mismas mascarillas sin usar y los guantes también, todo estaba relativamente en orden. Escuché las noticias que daban el informe diario: cada vez más contagios, algunos recuperados, más muertes, menos yo. Miré la ventana. Ya se me hacía cotidiano pero esta vez no, hoy es diferente ahora por fin llegó el día. Mi cuenta regresiva llegó a cero, ahora podré salir y estar en paz, ya no tengo miedo, no lo tendré nunca más, ellos vienen por mí, sé quiénes vienen, lo supe cuando

yo caí ese día, sabía lo que tenía, golpean la puerta.
Volvió la luz, se ve la casa vacía y fría con todo lo material adentro, menos yo. Se vuelve a apagar la luz. Ahora soy feliz, ya no duele. Solo soy yo y la oscuridad. Ahora soy parte de ella.

Relato 04
Desolación
Catherine Vivanco

Llevamos ya un año desde que todo comenzó, o un poco más, es difícil ya contar los días...

Vivo en una población de esas en que hay departamentos con gente hacinada. Al principio de esto éramos los más nombrados, a los que más ayudarían en la cuarentena. Un par de fotos, videos, alcaldes y alguno que otro famoso dejando cajitas para algún matinal. Duró aproximadamente dos o tres meses la parafernalia, luego, el olvido absoluto.

Quedamos sin trabajo, pero aún teníamos comida y unos ahorros. Pensábamos que pasaría todo esto en algún momento y volveríamos a nuestra normalidad, esa que no nos hacía tan felices, pero extrañábamos tanto, pero no fue así.

Primero, nos dejaron sin agua, la gente se volvió loca, barricadas, protestas, policías muertos, desastre.

Se fue toda autoridad y toda ayuda de este lugar, cerraron las comisarías y no hemos visto un policía en meses. Los consultorios y urgencias ya no existen, solo son edificios en los cuales duermen drogadictos y gente sin hogar. No tenemos señal telefónica, televisiva, no hay electricidad, no hay locomoción, y no hay comida, nada de comida. Lo peor fue cuando las mismas personas de la población, en su demencia de hambre y sed, comenzaron a saquear casas. Al principio solo entraban con cierta agresividad, se llevaban lo que les sirviera y se iban. Algunos hasta pedían disculpas cuando veían a las familias asustadas y se justificaban con que tenían niños hambrientos.

Pero seguía pasando el tiempo y seguían los saqueos. Solo que ya no quedaba nada que saquear y la gente defendía las miserias que les quedaban, y los saqueadores se comenzaron a volver más agresivos. Entonces comenzó la real pesadilla.

Los vecinos comenzaron a morir, ya sea por el virus, por el hambre, por la falta de agua, a manos de los saqueadores o por otras enfermedades que ya acarreaban antes de todo esto. Había un potrero cercano que, desde el primer muerto, automáticamente se convirtió en un cementerio improvisado.

Así llevábamos los días, sin saber si nuestras familias seguían vivas, si tenían comida. Veíamos cómo sacaban cuerpos de los departamentos, oíamos gritos de dolor, llantos de niños pidiendo comida y agua,

esperando morir.

—Mamá, ¿nosotros también moriremos, verdad? me pregunta Ignacio, mi hijo de ocho años, con su cara delgada y ojeras de hombre mayor.

—No amor, no digas eso, nosotros estaremos aquí hasta que llegue la cura, que será pronto le respondo, dándole esperanzas que, en realidad, ya no tengo.

—Tengo miedo mamá. Si morimos, quiero morir antes que Ámbar, no quiero verla sufrir.

Ámbar es mi hija pequeña, dos años, ya no corre ni baila, solo está ahí en su cama y llora a ratos, no le quedan fuerzas.

Son las ocho de la noche y Nicolás no llega, está oscuro y llueve. Me preocupa. Nicolás es mi pareja, padre de mis hijos, mi mejor amigo. Agradezco tenerlo a él para pasar toda esta mierda. Él se encarga de salir, camina todo el día en busca de algo que nos pueda servir para comer, beber, calentarnos, lo que sea.

Al fin, a las ocho y media golpean la puerta.

—Soy yo.

Saco todo lo que tenemos para asegurar la entrada y abro. Ahí veo a Nicolás, empapado, tiritando, pero sonreía. Hace tanto tiempo que no veía su sonrisa, esa sonrisa que amo.

—Familia, encontré un tesoro.

Dejó en el suelo una caja de madera que traía en los hombros. En un camión abandonado lleno de barro, luego de excavar y excavar, encontró esa caja cubierta de un plástico. Estaba llena de comida en conserva, botellas con agua, galletas, velas, fósforos y otras cosas de mucha, mucha utilidad.

Esa noche cenamos lo que cada uno quiso escoger de la caja, a la luz de las velas, y después de mucho tiempo, cantamos y reímos, reímos mucho, y Nicolás se sentía feliz por traer comida a casa al fin.

Siguieron los días y Nicolás se pudo quedar en casa mientras duraba la comida que encontró. Estaba todo tranquilo, se nos olvidó por un momento el infierno en el que estábamos.

Era de madrugada, hacía frío, escucho una tos. Es Nicolás, está despierto porque la tos no lo deja dormir. Lo abrazo y le acaricio el pelo, eso siempre lo hace dormir.

Pasaron dos días y Nicolás no mejoró, todo lo contrario.

—Lorena, amor, he tomado una decisión me dice con cara de angustia, como cuando me tenía que contar algo que no me gustaría.

—Es obvio que tengo el virus no lo dejo terminar e interrumpo.

—No, no es eso, es un resfrío por empaparte en lluvia el otro día. No

digas tonteras.

—Lorena, por favor, déjame hablar se pone serio. Me iré al departamento vacío del tercero a hacer cuarentena, llevaré comida y un colchón con mantas. No quiero, por ningún motivo, que te vayas a meter al departamento, contagiarte a ti o a los niños, es lo peor que me puede pasar en estos momentos.

Me dio angustia, pena, miedo. Me lancé a sus brazos y solté unas lágrimas. Me apartó pronto y comenzó a ordenar las cosas que llevaría al tercer piso.

—Los amo, hijos. Estaré cerca, volveré en unos días. Lorena, te amo mi vida, estaré bien. Mantente tranquila.

No nos abrazó, no me besó, estaba convencido que volvería en unos días o al menos eso demostraba.

Cuando pasaron tres días, mi angustia aumentaba, quería correr a verlo, pero no podía, le prometí que no subiría.

—¿Papá? ¿Papá?

Ámbar preguntaba por su papá. Hace tiempo que no la veía tan despierta y caminando tanto. Quería ver a su padre.

Al quinto día ya estaba llena de miedo, rompí la promesa, subí.

—Ignacio, por nada del mundo salgas. Solo subiré dos pisos a ver cómo sigue tu padre. Cuida a tu hermana.

Quería llegar rápido, pero por alguna razón subía lento, por el miedo quizás, estaba helada.

Al fin llegué, la puerta estaba abierta. Entré. No lo veía, había mal olor, muy mal olor. Entre a una habitación, ahí estaba, helado, duro. Muerto. Creo que grité. Eso me dijeron, no lo recuerdo bien. Llegó un vecino que vivía solo en el departamento del frente y me sacó de ahí.

Recuerdo cuando me asomé a la puerta y vi a mi vecino con otra persona bajando a Nicolás, tapado con una sábana sucia. Ahí se iba mi amor, mi mejor amigo, el hombre que más amé en esta vida.

No lo enterraron, ya no había lugar para excavar, lo dejaron sobre una pila de cuerpos y lo quemaron.

¿Cómo seguiría? Tendría que dejar a los niños solos para buscar comida. Ignacio tendría que cuidar a su hermana. ¿Y si entraban a saquear? ¿Cómo defendería a los niños? Estaba llena de preguntas, llena de angustia, llena de miedo, me invadía la tristeza y no era capaz siquiera de consolar a Ignacio porque yo misma estaba inconsolable.

Ya se estaba acabando la comida, el agua se había agotado hace unos días. Tuve que salir. Ignacio tenía miedo, yo también.

Antes de irse, Nicolás me dejó una pistola con cuatro balas, para que la usara en casos de emergencia. Así que la llevé conmigo, no sabía con qué

me encontraría.

Caminé mucho, ya no era el mismo lugar en donde vivía, llevaba tantos meses sin caminar en esas calles y fue impactante ver el cambio. Ni un árbol, todo destruido, esqueletos de animales, de humanos también, el escenario más horrible que había visto en mi vida.

Seguía caminando y mi mochila seguía vacía, hasta que vi un bolso en el suelo, en medio de la basura. Lo revisé y había unas galletas y latas de bebidas vencidas, me las llevé. Era comida y líquido de todos modos. ¿Cómo nadie lo había visto? Quizás Nicolás me estaba ayudando. Prefería pensar que lo tenía conmigo.

Regresé a casa. Ámbar dormía e Ignacio tenía los ojos hinchados, había estado llorando todo el tiempo que estuve fuera, tenía mucho miedo.

Racioné las galletas y bebidas para que alcanzaran para varios días y no tener que salir. A las dos de la madrugada escucho golpes.

—Sabemos que tienes comida, viejo de mierda, ¡suéltala!

Más gritos, más golpes, silencio.

—¡Weón, lo mataste!

—Ya estaba casi muerto cuando llegamos. Da lo mismo. Busca comida.

Me paré de la cama, aterrada. Agarré la pistola, ni siquiera sabía disparar bien, pero me quedé parada mirando la puerta, alerta a cuando entraran. Pero nunca pasó, no entraron, simplemente se fueron o eso creo, no salí para averiguarlo.

Pasó otro mes. No había salido a buscar comida, no quería dejar a mis hijos solos en peligro. Ignacio y Ámbar ya no tenían energía, estaban en los huesos, no sabía qué hacer.

A las ocho de la mañana ruido de nuevo. Muchos pasos, muchas personas:

—Derriben las puertas, busquen en todos los rincones escuché gritar a un hombre.

El miedo invadía nuevamente todo mi cuerpo, pistola en mano y parada frente a la puerta.

Tengo cuatro balas, no disparo bien y ellos son muchos, me matarán de todas formas y no sé qué cosas terribles les harán a mis hijos. ¿Qué hago, que hago? Repetía y repetía esa pregunta en mi cabeza.

Golpean mi puerta.

—¿Hay alguien?

Mierda... Me quedo en silencio, pero comienzan a golpear la puerta para botarla.

En cuestión de minutos estarían dentro del departamento. ¿Qué nos harían? Ya no tenía tiempo para pensar.

Corro a la habitación de mis hijos. Ahí estaban, sin fuerzas, apenas abrían

los ojos. Estaban estirados, juntos, abrazados, como si supieran lo que iba a pasar. Los beso, los abrazo.

—Los amo.

Mis ojos, llenos de lágrimas. Suelto el primer disparo que llega en la cabeza de mi hijo mayor. Sin pensarlo, tiro el segundo que llega en el pecho de mi pequeña.

Mis niños ya estaban sin vida, descansando de todo esto y evitando un final peor a manos de los malditos que intentaban entrar.

Logran abrir la puerta, y tiro el tercer disparo, en mi cabeza. Me voy con mis niños, espero ver a mi amor.

Noticias de último minuto: A días de que la vacuna contra el virus llegara a Chile, esta mañana la brigada de emergencia comenzó con los trabajos de rescate en las poblaciones más vulnerables del país. Fue en este escenario en donde, en uno de los departamentos en los cuales buscaban personas para reubicarlas en los centros de ayuda, los soldados encontraron a una mujer y dos menores, de alrededor siete y dos años, sin vida. Según las declaraciones del general, los soldados escucharon los disparos, por lo que asumen que la mujer asesinó a sus hijos y luego se suicidó. El caso está en investigación, seguiremos informando. En otras noticias...

Relato 05
Dos golpes y un silencio
Mitchel Rojas

A fuera llueve. Mi mente atolondrada por pensamientos cautivos, atochada en medio de un fluir constante de ideas, cual torrente acuoso y gris, no me permite conciliar el sueño. No sé qué hora es con precisión, pero supongo que es pasada medianoche. Ya van varios días, perdí la cuenta, en que me cuesta dormir. Como si el reino onírico me fuera negado por fuerzas misteriosas y atormentadoras, como si el rey de los sueños, Morfeo, me cerrara las puertas de sus tierras sin misericordia.

Desde que comenzó esta terrible cuarentena he visto cómo mi mente y mi cuerpo sufren una metamorfosis y mutan con el transcurso del tiempo inclemente. ¿Cuántos días han pasado desde el inicio de este infierno? No lo sé. Lo único que puedo asegurar es que todo esto es un infierno, sí, un maldito infierno, pues ¿no es acaso una tortura infernal estar encerrado en un mismo lugar? ¿Estar inmerso en la soledad del espacio, siempre igual, acompañado por solo las sombras y los silbidos del viento?

¿Acaso no es el castigo más doloroso y angustiante el convivir solo con uno mismo? ¿Acaso el infierno no es un mismo? O tal vez son los otros, los demás que están ahí fuera o también encerrados en sus micromundos. La verdad es que desconozco las respuestas a las interrogantes que agobian mi alma enjaulada en este cuerpo, cuya carne se desgarrar y descompone en forma imperceptible. Una certeza es la que tengo: no puedo dormir.

Los instantes se siguen unos de otros, los segundos se amontonan, los minutos vuelan, las horas se deslizan y arrastran como gusanos, el tiempo en su inmensidad se va evaporando. Un silencio sepulcral inunda mi habitación y traspasa la puerta que da al corredor. Un sudor espeso, casi solidificado, cubre mi rostro opalino, al tiempo que también se deja sentir en otras zonas de mi cuerpo desgastado. ¿Qué hora es? Silencio. Incertidumbre. Vacío. Nada.

En medio de esta nada y de sus nieblas acosadoras creo escuchar unos pasos lejanos. ¿Es real o estoy enloqueciendo? No lo sé. Mi oído intenta captar cualquier ruido que sobrevenga en esta oscuridad, sin embargo, nada se deja oír. Cierro los ojos y a mi mente llegan imágenes de otros mundos, de figuras difusas. Vuelvo a abrir los ojos, el sudor recorre mi rostro, mi cuerpo tiembla levemente y desespero al no poder descansar. Vuelvo a escuchar el ruido de unos pasos a lo lejos, ¿qué será? Pasan unos minutos y creo que el ruido de los pasos se acerca más y más a la puerta de mi habitación, avanzando por ese largo corredor lleno de sombras, cual si

fuera un túnel que transporta directamente al reino de Hades.

Toc-toc, suena la puerta de mi habitación. Pasan unos minutos. Nada. Toc-toc, suena nuevamente. ¿Quién está golpeando a estas horas de la noche? Un ligero temor me toma por los hombros y me abraza completamente por la espalda aumentando la ansiedad que vive en mis carnes. El estómago me da vueltas, una náusea incontenible se apodera de mí, temblores incontrolables aparecen y recorren todos mis huesos y músculos escuálidos.

Toc-toc. ¡Otra vez la puerta! ¿Qué significa todo esto? Toc-toc, silencio. ¡Otra vez esos dos golpes en mi puerta! ¡Ya no lo soporto! Me incorporo en la cama y quedo sentado, miro hacia la puerta. Me levanto, abro la puerta y veo solo tinieblas, un fondo negro y nada más. Dejo la puerta entreabierta y vuelvo a recostarme. Cierro mis ojos y anhelo caer rendido en sueños profundos. Me duermo.

Toc-toc, suena la puerta. ¡Esos dos golpes fantasmales, de origen enigmático, vuelven y me arrebatan de mis sueños deseados! ¿A qué se debe este suceso? Me incorporo y sentado en mi cama miro hacia la puerta entreabierta, esperando ver al desconocido visitante que insistentemente busca contactarme. Nada, solo vacío y silencio. Dirijo mi mirada hacia mi manos sudorosas y huesudas, esperando hallar alguna respuesta que de antemano sé que no estará.

Toc-toc, suena nuevamente esa desgraciada puerta. Miro rápidamente. Silencio. Me indigno, la ira recorre todo mi cuerpo, una cólera desmesurada sube a mi cabeza y un calor infernal inunda mis mejillas. Un odio indescifrable se apodera de mi pecho. Mis músculos se tensan preparados para dar un golpe mortal a este visitante tan desagradable.

Me levanto. Camino hacia la puerta y la abro por completo, deteniéndome en el umbral, como si una fuerza invisible y misteriosa no me permitiera dar un solo paso más en dirección al corredor. Nada, solo vacío y silencio.

Me doy vuelta y comienzo a caminar hacia la cama. Repentinamente creo escuchar unos pasos deslizándose suavemente por las baldosas del suelo. Siento una presencia hacia mis espaldas y un temblor recorre todo mi cuerpo desgastado. Giro y me dirijo hacia la puerta y de forma airada digo:

—¿Quién eres, visitante nocturno, y que buscas al venir a interrumpir mis sueños? Dígnate a responder, inicuo y malvado ser, en medio de esta noche tempestuosa. ¿Quién eres y qué buscas?

Vislumbro una sombra con forma humanoide que desliza lo que parece ser un brazo por el umbral de la puerta. Mi cuerpo se pone rígido y no puedo dar un paso más; contemplo espantado cómo un ser de sombra va

adentrándose lentamente por mi habitación, atravesando el umbral de la puerta y deteniéndose súbitamente sobre a mí. Trago saliva y con toda la fuerza de mi espíritu conmovido intento, con mi último aliento, musitar algunas palabras. Mi alma se expresa y mi boca se abre dejando escapar estas palabras:

—¿Quién eres tú o qué eres? Un ser de pura sombra cual registro o cual residuo de Otro, de algún ser de carne, de algún ser desconocido. ¿Por qué estás aquí y que quieres de mí? Pues yo desconozco en que puedo servirte. Lo único que anhelo es por fin descansar, dormir en lo que resta de esta noche fría y lluviosa.

La sombra humanoide se mantiene silente enfrente de mí. Pasan unos segundos, instantes eternos. Vuelvo a increpar a esa sombra humanoide y le digo:

—¿Acaso eres, muda sombra infernal, desgracia de mi ser, castigo de mi noche? ¿No te vas a dignar a responder, visitante nocturno, tortura de mi alma?

La sombra humanoide da unos pasos hacia atrás volviendo hacia el umbral de la puerta. Pareciera ser que se gira, como si mirara hacia el corredor, ese largo pasillo que lleva al inframundo. Repentinamente vuelve a girar y queda enfrente de mí y una voz, como silbido diabólico, sale de una boca invisible, dirigiéndose hacia mí:

—¿Por qué me tratas de esa forma, ingrato humano? ¿Acaso no me reconoces, tan ciego estás ahora con este encierro obligatorio? Pues yo soy la misma de siempre, soy tu sombra, soy parte de ti, parte de tu alma, reflejo de tu ser ¿Acaso estos días de cuarentena te han turbado tan gravemente que no puedes siquiera darte cuenta de lo que es tuyo? Porque yo no soy otra cosa sino tu proyección, algo plenamente tuyo: soy tu miedo. Sí, soy tu miedo, ese miedo al fracaso y a la soledad, pero sobre todo soy el miedo a ti mismo, el miedo a creer en ti. ¿Tan enfermo te encuentras que ahora niegas tu miedo y lo apartes de ti debido a unas pocas semanas de encierro? Ciertamente, penoso humano, esta breve cuarentena te ha hecho perder la cordura y peor aún, te ha borrado la memoria, puesto que no hay nada más propio para cada ser humano que su propio miedo y cada cual sabe muy bien cómo reconocerlo.

Relatos 06
Sombras
Elizabeth Carrizo

La calle Observatorio de la Pintana lucía casi fantasmal, al menos a esa hora de la noche en que comenzaba el toque de queda por la cuarentena. Por un lado de la vereda, las viviendas básicas de uno y dos pisos alineadas como diminutas casitas de juguete, en donde la gente hacía malabares para que toda la familia cupiera con un mínimo de dignidad. Por el frente estaban los amplios terrenos, en su mayoría cerrados con mallas metálicas. Los muros resistían en vano el ataque que algunos hacían horadando los ladrillos hasta que podían pasar y ocupar los territorios de propiedad privada que estaban al otro lado de las gruesas paredes. Era gente anónima a la que solo movía la desesperación de no tener casa. En medio del hermoso verdor se levantaba un puñado de precarias viviendas agrupadas con una bandera chilena flameando al viento otoñal.

Pasada una plazoleta con juegos infantiles y máquinas para hacer ejercicio, también cerrada con malla metálica, había un terreno cuyo cercado yacía hace tiempo tirado en el suelo. Allí se llenaba de basura constantemente. Tiraban muebles viejos, artefactos de baño, restos de escombros, ramas y toda clase de cosas en desuso. Por más que limpiaban, a las pocas horas estaba otra vez sucio.

Justo en ese sitio personas de buen corazón instalaron unas casuchas para unos perros vagos que abundaban. También se instalaron unos vagabundos que aprovecharon un muro desgarrado, como un boquete, como una mueca dolorosa, que servía de pasadizo a los de la toma. Levantaron unas carpas con todo tipo de material que hallaron: cartones, latas, trapos diversos y un sinfín de cachureos útiles para ellos. Eran unos siete escondrijos pegados a la pared como si de hongos se tratara. Por la noche hacían una fogata para calentarse sin saber de cuarentena, de epidemia, de nada. A veces se veía personal municipal repartiéndoles mascarillas y hablándoles del cuidado personal y explicándoles lo que sucedía con el virus. Unos jóvenes también aparecían de cuando en cuando repartiendo café y té con galletas o pan. Los indigentes escuchaban como si hablaran con extraterrestres y se ponían las mascarillas. Luego que se iban las visitas, volvían a su fogata y a sus asuntos.

Cristina era una joven habitante de la población de las casas diminutas. Frente a su vivienda, pasado el bandejón, estaba el peladero invadido por perros y vagos. Nunca en sus diecinueve años se había fijado en esos vecinos que transitaban como sombras. Nadie los veía ni escuchaba.

Con la cuarentena la joven se estaba volviendo loca por el encierro. Vivía

con su familia de cinco personas y su padre había perdido el trabajo por la pandemia. La empresa lo despidió sin miramientos. Solo su madre continuaba trabajando de nana en Providencia, expuesta al temido contagio. Las necesidades económicas comenzaban a exasperar a todos. La mayoría de los pobladores tenía problemas similares.

Una tarde se sentó en la puerta de su casa y se puso a mirar el bandejón lleno de verdor que la separaba del terreno del frente que, como siempre, ya tenía basura acumulada. Su mirada se detuvo entonces en los perros que comían. Una mujer con guantes y mascarilla les repartía el alimento a los animales abandonados. Los acarició un rato y se fue. Dos personas aparecieron un poco más tarde y también muy protegidas, les repartieron comida a los vagabundos. Luego de comer, éstos comenzaron a preparar sus viviendas hechizas. Arreglaban los trapos, cartones y plásticos, acomodándolos como techo y paredes.

Cristina vio con inmenso pesar aquel paisaje tan desolado. Entre las sombras de aquellos seres olvidados se movían unas siluetas más pequeñas. Criaturas que corrían jugando entre muebles destartados y otros objetos tirados por doquier. Profundamente conmovida, Cristina se propuso dejar de lamentarse por sus problemas que ahora le parecían ¡tan pequeños!

—¡Ya chiquillos! A juntar ropa de cabro chico y de adulto, zapatos, frazadas y todo lo que sirva para los ocupas del frente comunicó Cristina a sus amistades y vecinos del sector.

Llegaron bolsas de ropa y frazadas. Con toda esa ayuda atravesaron la calle y el bandejón y, con todos los resguardos necesarios, se la entregaron al asombrado y harapiento grupo humano. Ellos se repartieron felices todo aquello y prometieron usar las mascarillas que les habían entregado unas personas tiempo atrás. Entre todos les armaron algunas carpas y arreglaron otras, haciéndolas más estables sobre todo para soportar las lluvias.

Aquellos seres ignorados de pronto se volvieron visibles y tenían rostros. Había hombres, mujeres y unos pocos niños, que seguían jugando ignorantes de su abandono y su dura realidad.

Cristina fabricó, con la ayuda de sus hermanos, varias figuras de cartulina. Luego le pidió a un amigo que tenía moto, que alumbrara con un foco hacia el muro de los vecinos ocupantes. Sobre la pared despellejada, en un espacio desocupado de carpas, se desplegó una tarde gris, una serie de graciosas siluetas oscuras que se movían y contaban un lindo cuento infantil. Desde la vereda opuesta, con su mascarilla, Cristina sonreía moviendo las figuras frente al foco luminoso. Sentía que alumbraba un poco en aquella cuarentena tan hostil.

Relato 07
La colmena
Eliana Carreño

Desde que era niña las abejas han causado una gran fascinación en mí. Las seguía mientras buscaban margaritas en mi jardín. Me quedaba observándolas hasta que llenaban sus patitas con polen. Mi papá las criaba en su casa de Pudahuel. A los siete años vi cientos de ellas revoloteando por mi cabeza, mientras el parrón nos entregaba su sombra. Les dejábamos agua en una fuente de concreto a la cual se acercaban realmente sedientas. Su trabajo era arduo y se necesitaba que todas participaran para poder mantener la colmena.

Hoy pienso en ellas mientras continúo manteniendo mi cuerpo en la celda. Somos unos setenta individuos habitando esta colmena. Nosotros no actuamos como ellas. No me había dado cuenta de lo poco que pasaba en mi casa. Mi hogar se encuentra afuera, entre las flores y las aventuras del día a día.

Aparte de mi colmena existen miles, cada vez más comunes en donde habito. Pareciera que en cuanto aparece una, otra más grande ya se está gestando.

¿En alguna de esas colmenas se ayudarán para que todo funcione? Me gustaría vivir en una donde eso ocurra. No estamos acostumbrados a mantenernos por tanto tiempo con las mismas personas.

Desde octubre de 2019 sentí cómo el enjambre comenzaba a buscar un nuevo hogar. Cuando la casa está desbaratada la opción es trasladarse pese a las dificultades. La dignidad se pide en conjunto y ahora, mientras debemos hibernar, juntamos fuerzas para seguir exigiendo el hogar que merecemos donde cada persona sea valorada y puedan acceder a un techo. Cuando el frío pase, todo lo que hemos reflexionado mirándonos desde lejos será el ingrediente de la miel que compartiremos en nuestra nueva colmena.